



CUENTOS

HE
TE
PO
PI
AS

57

#7
2023

CUENTOS

El reloj de Aura



Yeruza Montalvo Charris

Estudiante del programa de Derecho

Era un día soleado. Llevaba semanas sin apreciar el azul del cielo y el ardiente calor del fuego en mi piel. La briza aun gélida hacia temblar cada parte de mi ser. Mis botas, mi bufanda, mis abrigos y mi gorro tejido por las manos de mi abuela, evitaban que terminara completamente congelada. Debo admitirlo, jamás había estado más feliz en toda mi vida. Y no era por el ilustre paisaje que llevaba contemplando hace dos meses. Tampoco lo digo por el chocolate caliente que mi lengua aun lame de mis labios agrietados del frio. Estaba feliz porque los vuelos a Colombia ya estaban disponibles y era justo y necesario para que mis pies pisaran tierras calientes. Santa Marta, mi loca y hermosa Santa Marta.

Fui hasta al aeropuerto. Una mujer de largas pestañas postizas me habló rápidamente "vuelos a Colombia desde mañana señorita". Fue lo más complaciente que mis oídos habían escuchado en su amplia trayectoria.

Después de comprar el tiquete caminé y, a punto de llegar a casa, vi a la distancia a un hombre en bata roja discutiendo y gritándole a un tipejo de prendas azules y negras. Sus

CUENTOS



rodillas besaban el suelo mientras, de pronto, todos los colores se me hicieron más tenues.

-¡Te voy a dar una última oportunidad! -
gritaba furiosamente el tipo de bata - ¡Entrégame
el reloj o este día será el último que vivas!

Podrá sonar cruel, pero eso me llenó las venas de sangre.
Mi corazón palpitaba como una fiera cazando a su presa.
El tipo de bata sacó de algún bolsillo oculto un arma
negra, apuntó la cabeza del arrodillado. Ni a pesar del tiempo
temblaban sus manos. Tenía una expresión que heló
mi cuerpo más de lo que estaba. Ya no me parecía
un juego, era más bien una futura escena de crimen.

Un impulso se apodero de mí. Los pensamientos se evaporaron
en el aire y mis puños se apretaron fuertemente para llenarme
de valentía. Corrí hasta el lugar de los hechos, empujé por un
costado al hombre de rojo y calló sobre una maceta
vieja, partiéndola en muchos pedazos.

- ¡Vete loca! - Me respondió lleno de ira - Esto no te concierne.

-Deberías agradecerme viejo. - dije con más calma de la que pensé
contaba - Te he librado de la cárcel. Eres un desagradecido.

-No iba a dispararme niña tonta. - Respondió el otro con sarcasmo,
aún de rodillas - Pero es lindo el gesto, muchas gracias.

El tipo me causó cierta gracia con sus atuendos oscuros y su
bufanda rosa de unicornios violetas. - Pues como lo veía yo nada
estaba a tu favor, tú también deberías agradecerme - Le espeté,
brindándole mi mano para que se levantara.

Agarró mi mano y lo contemplé de pie. Era más alto que el anciano
y más grueso de lo que parecía. ¿Cómo un hombre como ese
podría estar de rodillas ante un anciano tan demacrado y tan bajo
de estatura como yo? No pude evitar abrir mi boca y preguntar.
¿Quién eres y por qué te arrodillas ante este viejo demente?
Podrías acabar con él si quisieras. ¡Por dios!, no vuelvas a hacer
algo tan estúpido como eso. Digo, podrías perder tu vida por más
miserable que sea.

-Mi vida no es miserable niña tonta e ingenua, debo agregar, pero
con seguridad es mil veces mejor y mil veces más cómoda que la
tuya - dijo el tipo con una sonrisa en sus labios -. Y no, no le temo
a este anciano ladrón. Es como un perro brabucón. Ladra, pero
jamás se atreve a morder.

CUENTOS



- ¡Eres tú el animal que invade mi terraza!. Entrégamelo o no me detendré en disparar -. El anciano gritaba sus amenazas sin parar. Lanzaba insultos una y otra vez. Su cara se enrojecía y sus gestos dejaban mucho que pensar. Odiaba admitirlo, pero el tipo de bufanda de niña tenía razón, ladraba y ladraba, pero no hacía nada más.

-Este día amanecí de muy buen humor Felipe. Sabía que hoy vería tu cara arrugada colocada como tomate podrido. Mira, ya lo sabías, el reloj me pertenece y desde ahora solo podrás verlo lucido en mi muñeca. Ahora, anciano, entra antes de que te dé un infarto. Has perdido la guerra, fiel *dog* -. El tipo de la bufanda reía sutilmente, disfrutaba cada momento de su presente y sacaba pecho como un gran campeón olímpico.

Yo observaba intrigada y extrañada. Esto me parecía totalmente absurdo. ¿Cómo puede un reloj hacerte caer tan bajo? Uno era un niño mimado y encaprichado y, el otro, era un viejo amargado e infantil encaprichado por el mismo juguete.

-Soy yo quien tiene el arma ahora. Soy yo quien manda. Entrégamelo ahora o dejarás a una niña huérfana en manos de una loca como madre. El anciano también sabía jugar sucio. Ambos eran buenos contrincantes. En ese mismo momento la chispa de la travesura saltó a mi frío cuerpo. Armé dos bolas de nieve y las lancé justo en sus cabezas, muriendo de la risa por sus reacciones de sorpresa. Ambos me prestaron atención y dejaron de discutir. No sabía qué esperar. Estaba a la expectativa. 5 segundos después, los dos se dispusieron a imitarme soltando risas y palabras sin elocuencia. Cuando me agaché para armarme ya estaba recibiendo bolas de nieve en mis brazos y piernas. Como pude, armé varias bolitas y las lance casi todas en el blanco. Soy buena en esto, debo admitirlo.

Ha sido la mañana más divertida de mis 60 días y la pasé con completos desconocidos.

Terminamos sentados en el mueble de su sala. Era muy bonita y cómoda, con una gran chimenea que me incitaba a tomar una copa de vino.

-Ten -dijo el anciano brindándome una taza de chocolate caliente-. No debes resfriarte. -¿Puedes creerlo?, el viejo gruñón al parecer era muy amable.

-¿Cómo te llamas? -Pregunté, tomándolo de la mano antes de que me diera la espalda.

CUENTOS



-Soy Felipe muchachita y tú eres Leila, ¿no es así?, la nieta de Lucrecia. Vive a unas casas de acá. Te he visto retirar la nieve con la mente siempre perdida.

-Fue sorprendente ver que reaccionaras, de hecho... fue muy divertido, como antes –dijo el joven de la bufanda, tomando chocolate de la taza que le fue asignada, adornada de flores y estrellas con la frase “soy la reina de las mariposas”.

-¿De qué hablas? –pregunté, lamiendo la espuma de mi boca.

-Esta pequeña guerra comenzó hace 9 años –me explicaba Felipe–, cuando Aura, mi prometida, falleció en mis brazos, dejando conmigo el reloj que ha hurtado de mis propiedades este cretino.

- Que mi abuela te haya dejado el reloj no implica que sea tuyo *dog*. Implica, y no hay que ser inteligente para entenderlo, que entregues el reloj de la familia. Ese mismo que ha sido pasado de generación en generación por más de 150 años.

-No podría negar que hace tiempo te perteneció. Jamás he sido ladrón. Lo entregaría sin contratiempos, pero esta vez este reloj es mío, y lo que es mío lo defiendo con mi vida –elipe tenía una voz fuerte. Estremecía mi cuerpo. La pasión con la que hablaba me seducía. Sería un gran abuelo para mí.

- ¿Así como defendiste a mi abuela? –respondió el joven con la mirada igual de fría que en el momento en el que lo conocí.

No tenía que conocer toda la historia como para saber que eso le había dolido hasta el hígado a Felipe. Su expresión era la misma de un niño herido, de un hombre frustrado y arrepentido. Tal vez no lo conocía, pero me inquietaba verlo así.

-¡Vasta! – expulsé fuertemente-. Ni un niño pequeño que no ha sido educado se comportaría como ustedes, se supone que deberían comportarse como adultos y no hacer esta obra barata de personajes con mal guion. –pude contemplar sus rostros, se veían exactamente igual a después de que les lancé las primeras bolas de nieve. Por dentro me causó mucha gracia, pero mi rostro era una dura piedra de río-. Dime dónde carajos está el reloj, solucionaremos esto de una vez por todas.

Me dirigí hasta el joven padre y comencé a requisarlo, pero para mi sorpresa no tuvo mayor resistencia y supe que no cargaba el reloj encima -¿Dónde está?- repetí con mi aliento rozando su nariz.

-¿Por qué crees que te lo diría? –respondió con una corta risa.

CUENTOS



Tenía un buen punto, después de todo. ¿Quién era yo para ellos?. Unas cuantas bolas de nieve y un chocolate caliente no son razones suficientes para que confiese. Así que debía ingeniar algo, al menos intentarlo.

-Juguemos algo -dije por fin como mi único intento-. Si gano, tendré el reloj en mi poder y yo diré cuál será el destino. Si algún otro gana, tendrá el reloj. Cada uno propondrá un juego. Por azar será escogido y habrá un solo ganador. De él dependerá el reloj. Los perdedores serán testigos de este momento. No se volverá a discutir por esta razón.

Me parecía una buena idea para solucionar el conflicto, aunque no esperaba que aceptaran.

-Bien -dijo por fin Felipe, el que menos creí que aceptaría -, mi Aura siempre está conmigo.

-Eres patético *dog*, la familia siempre va primero. Acepto -dijo convencido de su victoria el joven papá.

Cada uno propuso un juego. Los escribimos en pequeños pedazos de hojas rasgadas y los echamos a una bolsa de cuero que había en la chimenea. Los tres estuvimos de acuerdo en que fuera yo quien sacara el papel. Después de varias sacudidas, mi mano tomó uno de los tres y, en letra muy legible, leí las palabras "piedra papel o tijera", el juego que yo sugerí.

Estábamos en círculo. Nuestros puños se rozaban y nuestras voces se unían en una misma diciendo "piedra, papel o tijera". Qué divertido fue ver la mano del joven padre convertida en hoja. Pude ver y gozar la reacción de Felipe. Su cara de "hasta aquí llegó tu reino" era totalmente satisfactoria. Solo quedaba un intento más. O era de él o era mío. Cualquiera de las dos opciones me parecía buena.

"Piedra, papel o tijera", repetimos. ¡Ja!, qué divertido es ser la ganadora. Felipe tragó saliva. Miró su mano gruesa como tijera y vio la mía como piedra. El juego había acabado y el otro tipo se reía de mi anciano amigo, algo así como "si no es mío tampoco será tuyo".

-Ganaste justamente entrometida -dijo el joven padre-. Ahora dinos, ¿qué harás con eso?

-Primero debes entregármelo -respondí-. Es mío ahora, lo quiero en mis manos.

-Eres ambiciosa -dijo y sacó el reloj de un bolsillo oculto en su chaqueta que no pude descubrir antes. Lo puso sobre la

CUENTOS



palma de mi mano derecha y se retiró unos cuantos pasos -. Póntelo -dijo -, te debe quedar muy bien.

Caminé hacia la chimenea. Observé en todas direcciones y mis ojos se detuvieron en unas tenazas para el fuego. Contemplé el bello reloj que me había sido entregado y lo puse sobre el suelo. Agarré rápidamente la tenacilla más pesada y la deje caer con todas mis fuerzas sobre el reloj, haciéndose trizas al instante.

Ambos me miraron perplejos, incrédulos y con ganas de hacerme añicos -¿¡Qué has hecho entrometida?! -gritó uno de ellos.

Inmediatamente, Felipe corrió hacia los restos esparcidos a mis pies. Lágrimas cayeron sobre el suelo y un remordimiento de conciencia me invadió por completo. ¿Habré pensado bien las cosas? No... la verdad no pensé nada.

-Es solo un objeto -dije por fin, tratando de convencerme que había hecho lo correcto.

-No tenías derecho -dijo el joven padre.

-No, desde que gané el juego tengo todo el derecho. Y eso, mi querido amigo, es solo un objeto que los ha mantenido en una discordia absurda y egoísta. Aura fue real, creó lazos reales, y ustedes... se han encargado de alejar los lazos que ella ha creado. ¿Por qué?, por un objeto material tan frágil como este. Si... si de verdad la quisieran como dicen hacerlo, hace rato se hubiesen reunido a tomar cervezas mientras se cuentan historias de tan maravillosa mujer. Se sentarían en frente de una chimenea a compartir fotos, a hablar de ella. Pero lo único que hacen es maltratar a una persona que ella tanto amo. ¿Existe algo más infantil, tonto y que genere más arrepentimiento? No lo creo.

La verdad no pensé que mis palabras tuviesen efecto alguno, pero tenía que decirlo. Discutían como niños pequeños por algo que la verdad no tiene trascendencia.

-Me dolió que te diera el reloj y no a mí, que soy su nieto -dijo el joven padre del cual nunca conocí el nombre.

-Fueron las circunstancias -le respondió lentamente Felipe mientras se levantaba y tomaba compostura-. Gracias querida -dijo en un soplo.

El joven padre se levantó y agregó: la bufanda me la dio mi hija Liliana esta mañana al darse cuenta de que iba a salir. Me dijo "hace frío papá, siempre me cuentas que mamá Aura te abrigaba antes de salir. Quiero ser como ella".

CUENTOS



Héctor rio suavemente y, después de una corta pausa, comenzó a hablar: “así era ella, siempre hacía lo mismo conmigo”. Héctor miró a su contrincante y, después de dudarlo, dos veces agregó: “siempre dices que se parece a Aura. ¿Podría conocerla alguna vez?”.

El joven padre cerró los ojos y, después de una pausa, habló: “mañana es su cumpleaños, pensaba darle el reloj de regalo”. Me miró y agregó: “pero por... las circunstancias actuales creo que la muñeca que brilla en la oscuridad es la mejor opción. Si vas a llegar, llega con un buen regalo o mejor no vayas”.

Yo no sabía qué estaba pasando. Me sentía confundida pero ciertamente complacida. ¿Lo había logrado? Nunca pensé llegar tan lejos pero... creo que aplica perfectamente la frase “fui por cobre y encontré oro”.

Ya era mi tercer día en Santa Marta. Disfrutaba de una rica sopa de costillas en un impresionante día de sol. Típico, ¿no? La foto de tres personas llegó en un mensaje de WhatsApp. Dos hombres adultos y una niña pequeña, los tres posaban sonrientes y, en el fondo, una chimenea iluminaba sus cuerpos. “Gracias”, podía leerse en el pie de la foto. 📷

CUENTOS

Cortaron mis alas, pero olvidaron mi voz



Melani Sierra Wilches

Estudiante del programa de Derecho

En la retrospectiva de aquellos 12 años pringados de incertidumbre, pero de risas infinitas para equilibrar, recuerdo un viernes de agosto en el que a cántaros llovía en la vereda "los silvestre". Aquel lugar, que parecía no estar señalado en el mapa colombiano y en el que el olvido estatal asediaba, llegaron aquellos hombres que, de traje aliñado, manos ajadas, faces circunspectas y cuerpos traductores de corpulencia muscular, pero vileza humana, con una frialdad propia de aquellos que no tienen motivo para separar sus pestañas ante el aura que se asoma, irrumpían en la imperturbabilidad de nuestra paz casera. A título de verdugos, nos expulsaban como candidatos a la guillotina, como carnada fresca para ser exhibida. El arma de uno de ellos circundaba mi esquelética espalda y los proyectiles que todavía no salían atravesaban la esperanza y perforaban consigo la oportunidad.

Lo único común entre los reprimidos presentes era que estábamos sin estar. Como si todos premeditadamente hubiésemos claudicado y esperado lo escrito con sangre sobre hojas hechas a base de nuestras epidermis.



CUENTOS

Yo no entendía. De reojo detallaba prolijamente el escenario, creyendo descifrar lo que acontecía. Pretendiendo hallar solución para atar cabos y salir indemne.

Desde aquel tronco de prominentes raíces al que estaba atada mi cintura, apreciaba el estridente sonido del silencio, el mudo idioma de sus palabras, la libertad presa y censurada, las lágrimas que no mojaban mofletes pero inundaban el brillo en cada retina y empañaban esas ventanas azabaches, los abrazos que no sentían otras pieles pero desde la distancia se tocaban. Me ruborizaba al ser espectador de un dolor hecho inmune en cada una de las familias que, como la mía, parecían sentir resignación. Daba la impresión que todos conocían esa inminente inflexión y sólo la recibían sin perpetrar resistencia alguna.


Se respiraba olvido, se exhalaba reproche de patria y se apagaban los corazones. Pero los cuerpos seguían vivos. Estábamos sin estar.

- No temas ante el insensible, permite que subsista tu humanidad aun si te es despojada y a la mañana siguiente no puedas contemplar el crepúsculo. Sé prostituta de la paz y déjalos ser mierda a ellos- me dijo el hombre contiguo a mí dos segundos antes de que su cráneo fuese apercebido por esos que creen ser la muerte y fugazmente te vuelven un efímero.

Esperaba, aunque fuese minúscula, la llegada magistral de ellos, de esos que juraron protegernos de la violencia, de las manos abyectas y la sevicia personificada. Los cuerpos rodaban y las almas se liberaban. Ese rojo escarlata que corría como afluente de río parecía mar ante la vista de los despiadados que sobre el mismo navegaban en ese bote que llenaban con jactancia y victoria, teniendo como brújula las balas.

Pero "ellos" nunca acudieron... o quizá sí, pero desempeñando un papel antagónico. No lo sé. Solo tenía certeza de aquel cóndor que volaba y se desangraba.

Ahora, posado aquí, entre estas crucificadas e inteligibles letras que taladran y reabren las heridas que se niegan a cicatrizar, sigo siendo ese vejado heraldo que quiere hallar oídos receptores, que no tuvo otra alternativa más que contarle desde este plano divino y olímpico.

Aún después de la muerte, con 12 años, sigo gritando aunque me hayan silenciado para siempre. 

CUENTOS

Qué buscan en las entrañas del desierto



Sergio Moreno Santiago

Estudiante del programa de Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana

Se alza entre las dunas Aldebarán y las Híades, sobre la ciudad de Aníbal, tan oscura y maligna que por sus calles corren los Khorhoi con sus atuendos carmesís, sacerdotes de Sot; en la ciudad del sol negro extraña es la noche. Entre las dunas del desierto, se alza Nar Kabira en las puertas del infierno.

Del libro negro de Sot

Hace siete días que los seguía a través del desierto sin darles alcance. La última vez que estuvo a punto de alcanzarlos fue en el palmeral marchito, donde encontró un animal muerto en las aguas negras. Siempre al oriente, siguiendo la alborada, al nacer el sol veía sus figuras contrastar sobre el ardiente astro que reclamaba sus dominios de la fría noche. Sus siluetas altas y encorvadas se movían con el viento.



CUENTOS



Fotografía aportada por el autor

—¿El sol?, ¿por qué siguen al sol? —Se preguntaba Alharu—. Arrastrándose por la arena ardiente, como un gusano, rojo y repugnante, su cuerpo lleno de ampollas supurantes como ácidos que consumían su piel al reptar cuesta abajo sobre las doradas dunas.

—Sí, ellos vendrán, tienen que venir —se decía—. Hundiéndose en la locura.

Un fuerte dolor como si devoraran su cabeza y después un olor metálico lo invadió mientras sombras carmesíes lo rodeaban y le susurraban en un bárbaro canto de un lenguaje desconocido al sujetar sus extremidades:

—Es terrible caer en las manos de los Khorhoi.

CUENTOS



Entre la cordura y la locura erraba. Sentía las manos magulladas por las cuerdas. El sol calentaba su carne, sus pies sangrantes profanaban la tierra firme que ahora pisaba mientras sus nublados ojos miraban al sol con ciego deleite. Su mundo ahora eran sombras.

—¿Qué buscan en las entrañas del desierto?—Pensó Alharu.

La voz, la voz del desierto, tan brutal e inhumana, susurrada desde una boca sin labios y redonda, solo dientes, en lo más profundo de su mente.

—La ciudad del sol negro, ahí serás... bueno, ahí serás lo que has de ser.

Las puertas negras a las puertas del abismo se dirigían y ante él las horas, días y años se confundían con los segundos. En la ciudad de Nar Kabira, de donde no se vuelve, en la cual los hombres gusano vagan por las calles en ruinas de la antigua ciudad del sol negro. Con sus andrajos lo rodeaban al tragar cada recuerdo, cada pensamiento. Estaban en él y lo consumían. Sus ojos nublados los veían como gusanos gruesos y blancuzcos. Lo más espantoso eran sus caras. Sin ojos, nariz o labios, nada más una gran boca redonda llena de dientes. Ya no controlaba su cuerpo. Estaba bajo su dominio y ellos lo sabían. Lo arrastraron hasta las ruinas, las ruinas de la mente, las ruinas de Nar Kabira, donde sería sacrificado.

La Al-madina, la ciudad antigua se alzaba a sus pies. Las ruinas desoladas y corroídas por el pasar del tiempo parecían querer contar la historia de una civilización ya olvidada por los hombres. El viento helado lo sacaba de su ensueño y observó con asombro la excavación.

—Murat, ¿qué crees que le pasó a ese infeliz?

—Lo más probable es que cayó muerto en este sitio, tal vez envenenado por las aguas del oasis—. Parece la entrada a un templo, mira la disposición de las columnas—. La edad ósea no concuerda con la de las ruinas. Seguramente se extravió en el desierto y vino a parar aquí. Este sitio es conocido por muchas de las tribus del desierto. Normalmente lo evaden. Dicen que está maldita y habitada por un Dios —. Mira su esqueleto, no tiene los miembros inferiores. Su columna y costillas se extienden hasta donde deberían estar sus piernas como si se tratara de un reptil.

CUENTOS



—¿Estás seguro?, los huesos del tórax son más delgados.

—Sí, supongo que es alguna clase de ritual funerario.
Pero ¿quién lo hizo?

—¡Mira su cráneo!

Un líquido brotaba de este.

—¿Qué es Murat? —

—Gusanos señor, gusanos rojos. Están en todas partes.
Mire en su pie.

—¿Estará bien, doctor?

—Por el momento hay que bajarle la fiebre. Dígame qué
fue lo que pasó.

—En la excavación estábamos examinando el fósil cuando
comenzaron a salir gusanos rojos. Uno de ellos mordió a
Alharu y entró en él.

—Mala cosa lo que dices. Los Khorhoi, esos malditos
gusanos entran por donde puedan en el huésped en busca
del cerebro para depositar en él sus huevos—.
Estos, al eclosionar, lo devoran. 🐛